

colección andanzas

MIRADA CRÓNICA



JAVIER SINAY
LOS CRÍMENES DE MOISÉS VILLE
Una historia de gauchos y judíos

TUSQUETS
EDITORES

El crimen de la familia Waisman (y la memoria como un deber)

En la noche invernal del 28 de julio de 1897, mientras la situación social en la colonia se tensaba y la delegación de Mordejai Reuben Hacohe Sinay se estrellaba en París contra las negativas de la JCA, un grupo de jinetes llegó hasta la puerta de la casa de Joseph Waisman, en las cercanías de Moisés Ville.

Allí vivía una familia rusa que se había agrandado en el suelo argentino con el nacimiento de cuatro hijos –el último, de apenas 22 días– y que hacía parecer pequeño ese caserón de ladrillo en el medio del campo donde también funcionaba el almacén que atendía el propio Joseph, un hombre de alrededor de treinta años que ya lucía avejentado.

El cabecilla de los jinetes golpeó la puerta y esperó, conteniendo la respiración.

Cinco años antes, el padre de Joseph Waisman había tomado la decisión de dejar Kamenetz-Podolosk junto a su familia: Froim Zalmen Waisman era su nombre, y temía por sus cuatro hijos y por sus nietos. Era bien sabido, en las estepas del Zar, que el servicio militar caía sobre los israelitas como un escarmiento especial desde que en 1827 una ley promulgada por Nicolás I les había impuesto una cons-

cripción de veinticinco años. El Zar, que pensaba que solo de esa manera podría forzar la asimilación de ese pueblo extraño, montó un cuerpo especial de *khapers* o raptos oficiales que arrancaban a los niños y los enviaban a criarse en batallones infantiles.

Influenciado por los «argentinitas» que se desparrramaban por los *shtetls* –y conociendo bien la experiencia de los podolier, que habían partido de su misma ciudad–, en 1892 el viejo Froim Zalmen se subió a un barco y dejó atrás las crueldades zaristas. Cargó a su mujer y a tres de sus hijos con él, y envió en otro buque a su hijo mayor, Joseph, con su esposa Gitl y sus tres niños. Además de los baúles de utensilios, las valijas de ropa y los canastos de comida, Froim Zalmen llevaba un acolchado para el que pedía máxima atención, del que no se despegaba nunca. Algunas semanas después, los changarines del puerto de Buenos Aires se sorprendieron con el cuidado que ese hombre tenía para con su acolchado –no sabían que entre las plumas cargaba lingotes de oro: era lo que le había quedado a Froim Zalmen de la venta de su molino harinero en Kamenetz-Podolosc–. Ahora toda su fortuna y su futuro estaban ahí adentro.

Cuando llegó a Moisés Ville, reconvertido luego de pasar por la aduana de migraciones en «Fermín Salomón», el viejo Waisman se reencontró con varios de sus viejos vecinos rusos. Con sus ahorros de oro abrió un almacén en Moisés Ville y ayudó a su hijo Joseph a poner el suyo más allá, en el campo camino a Palacios. Su hijo vivió durante unos años en ese caserón de ladrillo donde también tenía el almacén y escuchó sin poder dar crédito la historia de

la fundación de la colonia y del hambre en los galpones ferroviarios. Todo había ocurrido ahí mismo, en Palacios, en un tiempo cercano que parecía sin embargo un pasado enrarecido. Después de abrir los dos negocios, los lingotes de oro que todavía sobraban fueron envueltos cuidadosamente y enterrados, para sembrar arriba.

Así, las cosas marcharon bien. Durante un tiempo.

Pero la noche del 28 de julio de 1897 llegó, irremediable, irreparable.

–Esa fue una noche espantosa en la que los borrachos querían vino... ¡y mi abuelo Joseph no quiso abrirles! –evoca ahora Juana Waisman, la hija de Marcos (o Meyer) Waisman, uno de los hijos de Joseph Waisman.

Ese niño, Marcos –entonces de ocho años–, tuvo suerte: se encontraba con su hermano Bernardo (o Bani, de diez años) en la casa de su abuelo Froim Zalmen, en el pueblo de Moisés Ville, adonde acudía a clase. Eran los mayores entre siete hermanos y fueron los únicos de la familia que no estaban en el almacén cuando llegó la «gente salvaje, maligna, criminal» de la que habla ahora su hija, Juana Waisman. Ella es la persona más cercana al hecho con la que puedo conversar: tiene 95 años cuando la visito en el geriátrico donde pasa sus días, una casona en la que los pisos de madera crujen y los ancianos miran sorprendidos a los visitantes, a poco andar del centro de la ciudad de Rosario.

Juana no leyó el texto de «Las primeras víctimas fatales en Moisés Ville», pero no se sorprende cuando le cuento

que Mijl Hacohe Sinay le dedicó dos páginas –lo que no es poco– al caso de su familia, que fue el que trajo el horror más hondo a la colonia. «Cuando se acercaba la noche, el jefe de familia, Joseph Waisman, estaba a punto de cerrar el negocio mientras su mujer, Gitl, acostaba a dormir a sus cuatro niños en uno de los cuartos», escribió mi bisabuelo. «El mayor de ellos era un niño de 13 años y había dos mujeres mellizas, además de un niño de seis años. Cuando Waisman quiso cerrar su puerta escuchó que desde afuera golpeaban muy fuerte. Volvió entonces para abrir y vio a algunos gauchos que se abalanzaron, y enseguida recibió una puñalada en el corazón. Ante los gritos de muerte de su marido, su esposa entró al negocio corriendo desde el dormitorio, y los gauchos también le clavaron un cuchillo en el pecho. La mujer cayó al suelo y quedó agonizando junto a él.

»La escena siguiente se dio en la otra habitación, donde los gauchos mataron a los niños. El hermano mayor trató de hacerles frente, pero en un instante estuvo tirado en el piso con su cuerpo cortado en pedazos. A las dos mujeres las balearon sobre sus camas: les agujerearon sus corazones y luego les cortaron el cuello. Mientras los gauchos estaban ocupados con la masacre, el niño más chico se arrastró silenciosamente fuera de su cama, salió de la casa y se escondió entre los altos pastos del campo.

»Cuando terminaron con la masacre, los gauchos robaron todo y desaparecieron sin dejar rastro. Los vecinos se enteraron del hecho recién a la mañana siguiente. Sin embargo, durante la tragedia se habían lanzado gritos, gemidos y pedidos de auxilio, pero nadie había escuchado

nada, pues las siete casitas que componían la comunidad de Palacios estaban separadas a una distancia considerable. Es por eso que resultó imposible para los vecinos escuchar los lamentos y los gritos de las víctimas. Cuando los habitantes de Moisés Ville fueron a Palacios –todos al unísono: gente adulta, gente vieja, jóvenes, niños y mujeres–, apenas recibida la noticia de semejante tragedia, y vieron el cuadro patético que había quedado en la casa de Waisman, lo tomaron de un modo angustiante: fue un lamento general de hombres y mujeres.

»El local, como el pequeño negocio, parecía un pogrom. Todo lo que los gauchos no se habían llevado estaba expandido por el piso, roto y pisoteado junto con la sangre de los cuerpos sin vida del marido y de la mujer, cuyas caras lucían terriblemente. Aun peor era el dormitorio, que parecía una carnicería. El piso y las ventanas donde dormían los niños estaban cubiertos de sangre. El acolchado estaba empapado. El muchacho mayor yacía en el suelo con su cuerpo destrozado. Las mellizas estaban degolladas como dos pollos, tiradas sobre sus camas y pintadas con su propia sangre.

»Las víctimas fueron llevadas a Moisés Ville, donde se les dio sepultura en el cementerio. Durante el funeral se escucharon lamentos y llantos histéricos que llegaron hasta el cielo, de mujeres y de hombres que no dejaban de desmayarse».

La tumba donde fueron enterrados los Waisman es la más larga del cementerio de Moisés Ville. Un desprevenido podría pensar que allí yace un gigante, pero en realidad el padre, la madre, la hija y el hijo fueron colocados en línea recta, tocando los pies de uno la cabeza del otro. Por

algún motivo, no se encuentran en el sector 5, el de los asesinados, sino en otro sector de sepulturas antiguas, el número 6, donde ocupa la sepultura 6 de la fila 2. A más de ciento veinte años, la sepultura de los Waisman pasó a ser una referencia –acaso, turística–: «Pasando la tumba larga», dice el que quiere indicar dónde.

Pero su lápida todavía cuenta un poema de miedo, breve como un lóbrego haiku en hebreo: «Aquí yacen los santificados/ Herr Mordejai Joseph hijo de/ Froim Zalmen su esposa/ Gitl hija de Moshe/ su hija doncella Perl/ su hijo el niño Baruj/ que fueron muertos por manos de asesinos» (nada de «Waisman» sobre la roca: los nombres israelitas bastan y sobran para emprender el viaje final).

Ahora los ojos azules de Juana Waisman –ya algo grisáceos– miran con la tranquilidad de un mar calmo, a la vez que sus palabras arrastran una lejana resonancia de ídish –de aquel ídish con el que se crio en un hogar argentino donde se rezaba a la mañana y a la noche–.

–Nunca se supo nada –dice–. ¡Había miedo! Porque en Monigotes había una selva donde se guarecían los criminales y no se los podía delatar porque se corría el riesgo de ser muerto. Pero todos conocían lo que pasaba. Porque aparte ellos, los salvajes, también habían matado en el pueblo a un tal Kantor... En esa época había mucho miedo a los bandidos.

Juana ha vivido, desde que nació en 1916, el auge y el ocaso de Moisés Ville, de donde ella se retiró cuarenta años atrás, cuando comenzó a quedarse sola, sin mucha

más compañía que la de su esposo Santiago, el encargado de la usina eléctrica del pueblo. Orgullosa, me cuenta que su marido había entrado a trabajar a la usina a los 17 años como un pinche y que había terminado siendo su contador, con medalla de oro de cincuenta gramos, además de administrador ad honorem del hospital durante quince años y miembro por dos períodos del directorio del banco. Cosas de pueblo.

En el geriátrico, a la longeva nieta de Joseph Waisman la suelen agasajar ahora sus hijos y sus propios nietos. Pero ella piensa en Moisés Ville; es decir, en «Moisesvishe», como también dice.

—Aquí en Rosario somos del montón, pero ahí éramos alguien. Cada vez que salíamos de viaje nos hacían una despedida: irse de viaje era como un milagro, pero la condición con la que nos dejaban partir era que contáramos todo a la vuelta. Fuimos a Israel, a Hawaii, al Caribe... ¡Hay cosas tan lindas que no están escritas! Y ya después, cuando no vivíamos más ahí pero íbamos de visita, todas las puertas se abrían y de todas las puertas nos saludaban. Pero ahora no queda casi nadie. No, ya no... Esa es la historia de mi pueblo y ya me acostumbré. Después de tantos años... es así. Es todo verídico. Lo he vivido y no tengo cinco años.

Aquel Moisés Ville en el que Juana Waisman se crio no era ya tan riesgoso como el pueblo que había visto morir a su abuelo. En la década de 1920 la modesta casa-almacén donde había ocurrido aquel crimen múltiple comenzaba a convertirse en una ruina que a veces señalaban, a lo lejos, los descendientes de los asesinados. Entonces todo había cambiado: los gauchos y los colonos judíos mantenían esa

relación amistosa y complementaria de la que surgió el gacho judío, tan famoso por esas pampas.

—Los criollos hablaban el ídish mejor que nosotros; no había ni discriminación ni miedo —evoca Juana—. Y por fonética entonaban los cantos hebreos en la guitarra: iin-cre-í-ble!

¿Sería el padre de Juana el «pequeño huérfano» que trae a sus memorias Noé Cociovich? A este prohombre de la colonización no le gustaba hablar de los crímenes de Moisés Ville: apenas menciona en sus recuerdos uno o dos hechos, como al pasar. Ni siquiera repasa el crimen de los Waisman, pero sí lo refiere cuando cuenta de un misterioso viajero que llegó a fines de 1897, «un señor mayor de buena presencia, robusto, relleno, vestido lujosamente, que hablaba varios idiomas, incluso español». El tipo se presentó como accionista de la JCA, dijo ser el doctor Klein, de Londres, y pidió comida kosher. Pero el administrador Michel Cohan, que lo recibió con respeto, sospechó de él cuando vio que brindaba varias veces con caña y que se relamía sin vacilar. «Al hombre, decían nuestros sabios, se lo reconoce por la copa», anota Cociovich. El doctor Klein paseó al día siguiente por los campos sembrados, visitó al rabino Aharon Halevi Goldman y «fue a ver al pequeño huérfano de la recientemente asesinada familia Waisman, lo besó y le obsequió un papel de cinco centavos... asegurando que en París se sabía de esta desgracia y que se resolvió velar por él».

(Por supuesto, todo era un engaño: el doctor Klein era un embaucador que no era ni doctor ni accionista de la JCA. Tan solo quería sacarle dinero a los agricultores ofreciéndoles falsos planes de colonización en Montevideo).

Pero, aparte del fraude, tal vez Marcos Waisman –el padre de Juana– fuera aquel huerfanito. Juana no sabe del asunto, pero sí puede decir que su padre siguió adelante y que fue criado con el amor de sus abuelos, lejos de la sombra de la tragedia. Él no miró para atrás. No pudo. En cambio, tuvo que trabajar en el campo y en un almacén de ramos generales para sostener a cinco hijos y criarlos con buenos recuerdos, como aquel que trae Juana cuando cuenta eso de levantarse a las cinco de la mañana y tomar la leche caliente recién ordeñada o eso otro de montar ya a los seis años.

Todos los hijos de Joseph Waisman que sobrevivieron al crimen, me cuenta Juana, forjaron sus vidas de la misma manera. Sin mirar atrás. Sin dejar que la masacre se arrastre a través de las generaciones. Pero hubo un momento en que el pasado se hizo presente. Fue poco después de 1897, cuando uno de los hermanos de Joseph –que surcaba los campos santafesinos en un carro de caballos vendiendo ropa– paró en un rancho a resguardarse en medio de una noche fría. El hombre ató sus caballos y les dio agua, y cuando entró a la casa fue perturbado por la imagen, en un rincón, de un sobretodo forrado de piel –un clásico abrigo ruso, igual al que le habían robado a Joseph Waisman en la noche de su muerte–. «Me olvidé de que tengo que ir a visitar a otro por aquí», dijo entonces. Y nunca más volvió.

–¡Esa era la casa de los criminales! –se estremece Juana.

Cuando la torta de receta ídish con la que me ha recibido ya no es más que migajas, Juana me demuestra que, a diferencia de su padre, ella sí pudo mirar para atrás. Y que recopiló un largo árbol genealógico con la historia de

toda la familia, que fotocopió y envió a cincuenta parientes esparcidos entre la Argentina, Estados Unidos e Israel. También fue ella quien tuvo la idea de poner una placa en la larga tumba de la familia Waisman, en el cementerio de Moisés Ville:

En memoria de nuestros queridos abuelos
asesinados en 1897

JOSE WAISMAN y GUITEL PERELMUTER
y SUS HIJAS PERLA y BEBÉ

Q.E.P.D.

Agosto de 1994

–Nosotros sabíamos quiénes estaban ahí, pero las letras ya estaban borroneadas –me cuenta, como justificándose–. Y sentí que teníamos que poner esa placa porque yo iba al cementerio de Moisés Ville como una obligación, todos los años, entre *Rosh Heshune* y *Yom Kiper* –y no dice «Rosh Hashaná» o «Yom Kipur» pues sigue la pronunciación de su comarca del Este, así como de la boca de mi abuela también he escuchado, alguna vez, un muy llano «*Yom Kiper*».

De alguna manera, Juana tomó la responsabilidad de transmitir el legado de su familia hacia el futuro. Si las letras se estaban yendo con el viento, con la ausencia del ídish o con el aprieto de leer una lápida en hebreo, ella en cambio había tomado la decisión de hacer perdurar la historia. De legarla a quienes alguna vez, en los días por venir, se la pudieran apropiar.

Juana buscó y consiguió entonces el apoyo de toda la familia. Ella siempre había sido una mujer de iniciativa:

cuando vivió en Moisés Ville inventó y patentó en Rosario un guardatraje para hombres que durante un tiempo fabricó en su casa con tres costureras, y cuyo principal cliente fue la oficina local del Automóvil Club Argentino. De modo que no le podía costar demasiado colocar una placa. Y solo cuando la pudo poner se quedó tranquila, como si hubiera saldado una deuda con aquellos abuelos sacrificados en vano. Ahí, frente a la vieja tumba para cuatro, ella solía despejarse y pedir que sus ancestros descansaran en paz.

–Pedía que nos respondan, que velaran por nosotros –explica–. Aunque muertos, muertos están, yo igual me desahogaba. Y aunque hace mucho que no voy al cementerio de Moisés Ville, ya tengo el terreno al lado de mi esposo. Mis hijos se preocuparon y me lo compraron. Qué hijos buenos que tengo, ¿eh?

Hay otro registro que data de aquellos días, casi tan breve y tan tremendo como el de la lápida. Y Eva Guelbert de Rosenthal, la directora del Museo de Moisés Ville, lo tiene entre sus manos. En la oficina del Museo lo revisa una y otra vez. Es un anillado de fotocopias, reflejo de un libro de actas anotado a mano en hebreo, que ella lee palmo a palmo, luchando contra un manuscrito al borde de lo indescifrable:

«1897

»28 Julio. En la Estación Palacios fueron asesinadas 4 almas:

»Joseph hijo de Zalmen Waisman de 32 años - -

»su esposa Gitl, hija de Leib Braunstein de 32 años - -

»su hija Perl de 8 años - -
»su hijo Baruj de 22 días. El nombre de la madre
»de Joseph: Jana y el nombre de la madre
»de Gitl: era Shaia Braunstein
»quien reside en la ciudad de Kamenetz-Podolsk».

Después de la lectura, Eva parece agotada. Desde hace varios años este anillado de fotocopias se ha convertido en una valiosa llave para abrir la puerta, habitualmente trabada, del pasado: su original es un precario registro civil donde un viajero del vapor *Wesser* llamado Pinjas Glasberg registró nacimientos, matrimonios y defunciones. Y también crímenes. Por eso Eva y sus colaboradores vienen anotando y ampliando un código para descifrar lo que dice en el libro, escrito con una letra horrible, una cursiva alargada e inclinada, superpuesta y cambiante. El hebreo de su autor, antiquísimo, parece el de los tiempos bíblicos. A cada letra de Glasberg, el código ofrece tres o cuatro variedades. Así, Eva toma una palabra del original y la contrasta con su código para descifrar su significado letra por letra, como si fuera una arqueóloga ante un papiro.

—En sus primeras anotaciones, Glasberg puso los datos mínimos del hecho: qué había pasado, a quién le había pasado, cuándo había pasado —me explica—. Después comenzó a apuntar más detalles. Finalmente, cada hecho le llevaba varias líneas.

El original de Pinjas Glasberg está exhibido en una de las vitrinas del Museo. Es un librote de contabilidad ruso desgastado, con las columnas encabezadas por extrañas palabras cirílicas que quedan sin valor bajo su resignificación como registro civil hebreo. Desde 1890 —y durante

casi una década–, Glasberg anotó allí, además, el cuadro de faenamiento y de rendimiento lechero, el balance de herramientas y materiales, y también las primeras marcas de las vacas.

Dos retratos del colono Glasberg custodian el libro. En uno de ellos luce una larga barba blanca y un sombrerito cuadrado que le cubre la cabeza al modo tradicional, sostiene un libro (¿este libro?) sobre su regazo y una pluma en la mano derecha. En el segundo, enmarcado, el señor Glasberg ya está viejo y aparece junto a su esposa, Mariem, y dos de sus seis hijos –acaso los mayores: Chaskel y Pachel–. Todos van de traje. Pinjas luce una galera.

Glasberg fue un pionero que se involucró directamente en la construcción de la historia: desempeñó tareas comunitarias de juez de paz, presidió un incipiente concejo municipal y organizó guardias nocturnas para combatir los asedios de los bandidos y de los cuatrerros. Su trabajo con el libro-registro civil fue tan meticuloso que el gobierno de la provincia de Santa Fe lo aceptó como datación oficial para aquellos primeros años; por eso, aunque hoy se exhiba en el Museo no deja de ser propiedad de la Comuna de Moisés Ville. El trabajo de Glasberg terminó el 11 de julio de 1899, cuando comenzó a funcionar la oficina del Registro Civil: ese mismo día se anotó el nacimiento de Naum Milstein, hijo de un comerciante de 24 años y de una muchacha de 23 –ambos rusos–; y el fallecimiento de Samuel Rosen, un niño de 7 años que fue arrastrado por un caballo.

En la apuesta de Pinjas Glasberg hay una voluntad similar a la que luego animará a Mijl Hacohe Sinay a escribir el

artículo de «Las primeras víctimas fatales en Moisés Ville»: la de contar la historia. Es una voluntad potente, ejercida por un náufrago con discretas vanidades de conquistador, varado en finisterre y recordado de vez en cuando por el mundo civilizado. Y mientras escribo esto, después de un siglo y más –mucho más–, su trabajo adquiere una relevancia incuestionable: como en una carrera contra la historia y el olvido, Glasberg capturó aquellos nodos de la gran novela moisesvillense, americana y judía, que él veía a su alrededor y que vivía. De ninguna manera podía permitir que se perdiera para la memoria.

Por otro lado, hacia 1897 masacrar familias no era una novedad en la campaña santafesina, donde todavía resonaban los ecos de un crimen múltiple que parecía haber predicho el destino de la familia Waisman.

Había ocurrido en 1869 en la colonia San Carlos, 120 kilómetros al sur de las tierras donde después los podolier fundarían Moisés Ville. San Carlos era una colonia poblada por suizos, alemanes, italianos y franceses –370 familias; algo más de dos mil personas–, que se veía como una muestra de la pampa gringa ascendente. Por cierto, era un pueblo muy diferente a la colonia indígena de El Sauce, que se alzaba a pocas leguas y que era una reducción dirigida por misioneros franciscanos para indios que habían hecho las paces, que cultivaban la tierra y criaban animales, y que ocupaban cabañas de paja alrededor de una capilla. Evidentemente, el único interés que podía despertar un poblado como El Sauce para el gobierno de Santa Fe era

su condición de puesto militar cercano a tierras que diez años atrás habían pertenecido al indio.

Allí mandaba un teniente coronel de la Guardia Nacional. Le decían «el Indio» o «el Negro» y se llamaba Nicolás Denis. Era hijo de un cacique charrúa y se había incorporado siendo muy joven a la reducción para destacarse en las batallas contra los montaraces que asolaban al chaco santafesino. Denis había hecho carrera y con más de 50 años, su palabra era ley en El Sauce. Por eso nadie le iba a reprochar su generosidad para con algún forastero que se apareciera buscando olvido y piedad, aunque fuera de mala fama.

El correntino Bartolo Santa Cruz era uno de esos. Estaba casado, era padre de dos hijos pequeños y atendía en la pulpería de El Sauce; en otras palabras, estaba asentado. Ya no era un gaucho nómade, pero alguna vez lo había sido y había estado acusado de participar en el crimen de una familia de apellido Guerin en la colonia de Esperanza. Aquella vez, la falta de pruebas lo había conducido a la libertad y apenas pudo, regresó al lado de su antiguo jefe, el coronel Denis.

Pareciera, en el mundo criollo, que la pulpería llama a la desgracia y no solo al ocio. Un salón con techo de paja, paredes de barro blanqueadas y luz tenue, que fía durante todo el año para cobrar en grande solo un par de noches, donde las discusiones –de juego, de caballos, de contrabandos– se riegan con el vino que despacha el pulpero a través de su reja; con melodías de una guitarra desafinada y tres damas en busca de dinero y compañía, y los gauchos de los catres del fondo, que roncan tan fuerte como el relincho

de los caballos de afuera. No hay tantas razones para no creer que la pulpería de Bartolo Santa Cruz haya sido así.

Y Bartolo le debía 300 pesos bolivianos a Henri Lefebre, oriundo de Amiens, que vivía en San Carlos y que atendía él también un modesto almacén. Pero no existía posibilidad de pagar –o, al menos, voluntad–: el pulpero sabía que estaba acorralado por la deuda y que el asunto iba a acabar por las malas.

Fue entonces que se juntó con sus amigos José y Mariano Alarcón, dos hermanos venidos de San Lorenzo, dos morenos feroces de figura larguirucha que no le tenían miedo a la muerte (ajena) y que desde hacía tiempo venían robando, matando, escapando. Los Alarcón habían sido confinados dos veces: la primera, a la prisión; la segunda, a la Frontera Norte, donde integraron un batallón en el que conocieron la disciplina y las privaciones. De ambos infiernos lograron huir. Cuando regresaron a su casa fueron recibidos con carne y baile por el breve puñado de amigos que aún conservaban, pero luego de algún tiempo, cosa 'e mandinga: ahí mismo, en San Lorenzo, volvieron a matar. Pasaron a cuchillo a dos a los que también les robaron dinero y ropa para vender. Pero eso ya fue suficiente y su propia tía los acusó ante la justicia. Huyeron entonces hacia una tierra amiga en la que sabían que encontrarían refugio: El Sauce.

Y allí los reclutó el pulpero Bartolo Santa Cruz. ¿Qué les ofreció para convencerlos de volver a mancharse las manos con sangre en la noche del 15 de octubre de 1869? ¿Vino y aguardiente? ¿Dinero y ropa? ¿Lealtad y protección?

La señora Julia Cornier de Rey, una vieja vecina de San Carlos, declaró en el proceso que en la noche del crimen

había salido a buscar un poco de borraja para hacerle un té a una hija que se sentía indispuesta y se cruzó con su hijo Francisco, el herrero. Caminaron juntos por la callecita polvorienta y se cruzaron con tres gauchos a caballo cerca de la casa de Lefebre. La testigo contó que de regreso vio los caballos de los criollos atados delante de la casa. Uno de los gauchos se paseaba delante de la puerta, inquieto. Los otros dos, adentro, se apoyaban sobre el mostrador y charlaban con el dueño de casa. Así dijo la señora Cornier de Rey.

Aquel que esperaba afuera era Mariano Alarcón; tenía entonces 18 años. Los dos que entraron al almacén de Lefebre –donde también vivía– eran su hermano José Alarcón, de 22 años, y el pulpero correntino Bartolo Santa Cruz.

Y cometieron la masacre.

Empuñaron los filos y los utilizaron con exactitud, como instrumentos que eran. No se detuvieron ante los ojos aterrados de sus víctimas ni ante los últimos sollozos, cuando ya se encontraban moribundas. Luego, y antes de irse, robaron todo lo que pudieron.

Algunas horas después, aún en la oscuridad de la noche, otro colono francés descubrió la escena: «*Mon Dieu! Mon Dieu!*», todavía gritaba cuando llegaron los demás.

El médico se hizo presente en la mañana. Todo estaba desparramado en un caos regado de sangre. También los cuerpos. El doctor anotó, en el acta: «Enrique Lefebre, negociante de nacionalidad francés, había recibido cuatro puñaladas de facón, dos de cada lado del pecho, una entre la 3ª y 4ª costilla derecho y anterior al pecho, otra entre la 4ª y 5ª costilla lado izquierdo, otra entre la 5ª y 6ª lado

derecho del pecho; todas esas heridas son ondas [sic] pero no se puede precisar exactamente por causa de la inchazón [sic] del costado la muerte debe haber sido como inmediata.

»La mujer de Lefebre tiene una puñalada un poco arriba de los pechos laqual [sic] perfora el “sternum” y corta las principales ramas del “aorta”; tiene otra puñalada en el lado izquierdo del pecho en dirección al corazón, otra herida tiene en la mijilla [sic] derecha de la cara, la muerte debe haber sido inmediata.

»El hijo de Enrique Lefebre de 7 a 9 años de edad tiene dos puñaladas en el pescuezo del lado izquierdo y derecho las cuales cortaron los músculos del pescuezo; otra puñalada tiene sobre el lado izquierdo de la cabeza de una pulgada de ondura [sic]; otra tiene en la parte izquierda del vientre por donde salían los intestinos; algunas otras heridas tenían la espalda y en las manos.

»Al lado del hijo de Lefebre encontré el cadáver de una muchacha de 10 a 11 años de edad sirvienta de dicho Lefebre, de nacionalidad italiana y llamada Jeroma. Esta tiene una puñalada en la parte izquierda del estómago perforó el pecho y salió por la espalda, la muerte debió haber sido inmediata».

Sin embargo, los asesinos habían dejado con vida al pequeño Luis, el hijo de Lefebre de 7 años, que se escondió y que luego contó que Bartolo Santa Cruz había estado allí junto a otros dos.

El relato del niño enfureció a los colonos. Los Lefebre no eran las primeras víctimas que caían y las cuatrерías, los abusos y los asesinatos solían quedar impunes. Y cuando el sol asomó un día después del crimen, los gringos se pusieron

en marcha hacia El Sauce con la intención de tomar venganza. Eran ciento cincuenta hombres. Iban armados.

Tuvieron suerte: la niebla los cubrió y nadie los vio hasta que ya estuvieron allí para rodear el rancho del pulpero Bartolo Santa Cruz, enfurecidos. Pero Santa Cruz no estaba. Se dirigieron entonces al rancho del Negro Denis, que quiso hacerse el desentendido, pero los gringos no aceptaban otra cosa que no fuera la cabeza del pulpero. Le advirtieron a Denis que si no lo entregaba se meterían con él. Y ya no hubo vuelta. Esos tipos estaban decididos y el otro estaba solo como nunca antes; los indios del pueblo habían salido de cacería al norte y El Sauce lucía vacío.

Los gringos no ahorraron recursos: hicieron fuego. Con maderas secas y con combustible comenzaron a prender fogatas para hacer arder el rancho del Negro Denis, que corrió, frenético, a refugiarse a la capilla, arrojando golpes de espada a la turba que salía a cortarle el paso. Tal vez mató a alguno; ya en la sacristía vio la hoja manchada de sangre y escuchó que afuera el tumulto crecía. En la confusión, su hija Marta fue herida en un brazo y una vecina resultó muerta. Denis había tomado la precaución de llevar en el pecho una coraza que lo protegía de las balas, pero cuando esos gringos sanguinarios comenzaron a quemar la capilla tuvo que salir y la coraza ya no le sirvió de nada.

Rodeado por todos ellos, viendo demasiado de cerca el rencor en sus ojos claros y entendiendo que sus alaridos extraños eran un irremediable canto de la muerte, Denis cayó con un golpe de hacha que le abrió la cabeza.

Luego, sobre su cuerpo profano –quieto, como aferrado a la espesura de la vegetación– los indios, que volvieron con el atardecer, juraron venganza.

En pocas horas todos los moradores de la zona (los gringos, los indios y los gauchos) parecieron listos para iniciar un dominó de venganzas, pero el 18 de octubre, tres días después de la masacre de la familia Lefebre, el gobernador de la provincia, Mariano Cabal, llegó al frente de seiscientos soldados para pacificar la situación. Todavía quedaban resabios de la bronca cuando tres meses después, en enero de 1870, el propio Domingo Faustino Sarmiento, en su rol de presidente de la Nación, visitó San Carlos durante su gira por las colonias para confirmar la paz.

Sin embargo, algunos no llegaron a ver ese desfile. El mismo día en que el gobernador se retiraba de San Carlos, una cuadrilla rural persiguió durante la madrugada a un amigo de Lefebre que se había convertido en el último de los colonos acusados del crimen del Negro Denis –otros nueve ya habían sido detenidos–. Michel Jérémie Magnin, nacido 25 años atrás en la comuna suiza de Charrat, huyó con rumbo sur, pero fue alcanzado en la costa del río Carcarañá.

Frente a la partida policial que lo tenía rodeado, Michel Jérémie Magnin intuyó su destino. Intuyó que su hermano Jean, que se había ahorcado colgándose de una viga en Esperanza, no había estado, a fin de cuentas, tan equivocado. Y que difícilmente él podría escapar de ese páramo en el que ninguno de sus sueños estaba llamado a cumplirse.

«¡Ríndase!», gritaron los patrios, cada vez más cerca.

Michel Jérémie Magnin los miró por última vez, llevó el revólver Lefauchaux a su boca y gatilló.

Una investigación mucho más sobria y silenciosa fue montada en Moisés Ville en el invierno del año 2009. La carta que los vecinos habían enviado a un juez de San Cristóbal a propósito del envenenamiento masivo de perros le dio un nuevo aire a la tímida pesquisa que la policía local había desplegado y dos policías de civil, miembros de la brigada de investigaciones de la cabecera departamental, llegaron para recorrer las calles del pueblo. «Hace ya unos años, un oscuro personaje, desconocido hasta el momento, se dedica a envenenar mascotas, por lo general caninos», había escrito Lorena Maryniv en su carta al diario *La Opinión*. Cada noche, sin llamar la atención, los dos policías de civil daban vueltas por las pocas manzanas de Moisés Ville a la espera de ese «oscuro personaje», el asesino de mascotas.

Y finalmente cayó. Algunos dicen que por un llamado anónimo. Otros, que lo encontraron mientras desparataba el veneno.

Cuando clareó, la identidad del envenenador quedó al descubierto: era el hombre que cuidaba la plaza del pueblo, un empleado de la Comuna al que todos tenían por amigo. Conducido a San Cristóbal, el tipo cantó su verdad, dijo que le pagaban para hacerlo y mencionó, quién sabe si con culpa o alivio, el nombre de una pareja de comerciantes como responsables.

Aquellos dos personajes que se agregaban a la trama como autores intelectuales de la matanza eran un matri-

monio de alrededor de sesenta años, dueños de un comercio bien ubicado, buenos vecinos pero protagonistas –en especial, el marido– de un anecdotario cargado de cadáveres de perros. Se rumoreaba que desde hacía años él envenenaba a los animales de su cuadra y que había disparado su rifle contra un dogo intruso. Que se escondía esperando a que algún animal pisara su casa para clavarlo con una horquilla como si fuera un fardo de paja. Y que sus carcajadas tapaban, incluso, los aullidos desesperados del perro agujereado.

Sin embargo, no fue este supuesto autor intelectual quien conoció la comisaría, sino su esposa. El diario *La Opinión*, de Rafaela, publicó la noticia el 21 de junio de 2009: «Moisés Ville: cayeron los asesinos de mascotas. Mataron por envenenamiento más de 50 perros y gatos».

Cuando llego a Palacios en busca de la historia del crimen de la familia Waisman, encuentro un pueblo de escasos seiscientos moradores, un pueblo dormido. Durante el viaje desde Moisés Ville, y luego de pasar por un cementerio de autos oxidados a la vera de la ruta, escuché las quejas del remisero porque este camino, el mismo que le marcaron los agricultores italianos a los primeros podolier para que no se perdieran, necesita ahora ser asfaltado: los accidentes se suceden y los coches se dan vuelta. Ya en el pueblito de Palacios me cuesta recrear en mi mente un cuádruple crimen como el de 1897: hay tanto silencio, tanto aroma a flores.

Eva Guelbert de Rosenthal, la directora del Museo de Moisés Ville, es mi guía y se encarga de hablar con Berens-

tein, el último judío del pueblo, para descubrir que está enfermo, de cama, y entonces es recibida por su mujer, que le entrega las llaves del cementerio y de la sinagoga. Así la visita a Palacios es un tour completo.

Entonces visitamos el templo, un edificio donde las Estrellas de David forjadas en hierro se mezclan en el paisaje con los ranchos, y cuyas puertas chirrían cuando se abren y la luz sacude el polvo. Adentro todo ha quedado congelado. No sé cuándo fue la última vez que se celebró aquí una fiesta, pero en el altar un libro permanece abierto: está escrito en hebreo y en ruso, y a pie de página se indica que ha sido impreso en Vilna –Lituania–, en 1883.

Unos metros más allá, la famosa estación de Palacios, donde se asentaron los pioneros, es hoy hogar de tres familias de ocupantes. Parece mentira que luego de la bonanza y de la caída, la estación sirva de nuevo para refugio de necesitados. Después de pasar por algunas líneas de ropa colgada me encuentro en el andén, donde el pastizal surge de entre las baldosas. Un reloj ha quedado detenido después de las cuatro y media y un cartel pide «SEA COMPASIVO CON LOS ANIMALES». Más allá, el letrero de la estación apenas se adivina entre la vegetación.

Sin embargo, enfrente del andén hay movimiento: en un enorme galpón de chapa, una máquina maniobra y un camión espera. Los hombres entran y salen, y uno en ropa de trabajo viene a mi encuentro. Se llama Lucas Bussi y me invita a pasar al galpón, donde una formidable montaña de semillas se eleva hacia el techo, alimentada por la máquina, que las escupe con fuerza. Bussi me lleva a una oficina demasiado pequeña donde nos hablamos a los gritos, sobre

el ruido de la máquina. Me explica que estoy en una fábrica de comida para animales y que el trabajo ahí no para nunca. Y me sorprende al contarme que él mismo es el vicepresidente de la comuna, un socialista fiel al gobernador de la provincia, Hermes Binner –otro descendiente de colonos, nacido en Rafaela–.

–Queremos refundar el pueblo –se entusiasma–. Y atraer gente para abrir una nueva fuente de trabajo, porque no hay laburo: solamente está la comuna y la fábrica de granos. ¡Pero acá llegó a haber un hotel! Había remates de ganadería y venían de todos lados.

Él, sin embargo, no lo vio: admite que esas cosas se las contó su suegro, pero las evoca como una época de oro propia. Cuando volvemos afuera, y antes de despedirnos, Bussi saluda a otro que se acerca a caballo. Es un gaucho longevo de melena de nieve. A una pregunta mía, Bussi y el gaucho discuten sobre los pioneros podolier. Que no era este el galpón donde se refugiaron, sino uno que quedaba unos metros más allá y que ya no existe, dice el viejo. Que era este, sin dudas, se queja Bussi. Que no. Que sí.

–Era en otro lado; así me contaba mi abuelo. A este galpón de ahora lo hicieron en la década de 1920... Si yo me acuerdo cuando llegaban los trenes del Chaco y descargaban acá –sentencia el gaucho anciano, y da por terminada la cuestión. No es para menos, con sus 85 años.

–¿Y le contó su abuelo algo de los crímenes? –le pregunto.

–Ah, esos fueron los primeros tiempos –dice–. Primero llegaron los gringos. Y entre los gauchos había matones, tipos que vivían asaltando, que iban a caballo y que robaban...

Pero ahora el gaucho ya no es más así. Ya no quedan de esos, ¡si ni siquiera quedan gauchos! Antes estaban los Mate Cosido, Gauchito Gil, Vairoletto. Ellos iban asaltando y peleaban contra la tiranía.

—¿Y acá quién estaba? —retoma Bussi.

—Acá había uno que se llamaba Francisco Ramírez —evoca el otro luego de pensar un buen rato. Pero del caso de la familia Waisman, nada. Ni siquiera cuando se lo cuento. En cambio, dice—: Hay muchas historias de los judíos. Mire, un chiste. Acá el cura y el rabino siempre se llevaban la contra. Si el cura compraba algo, el rabino también. Si el rabino compraba algo, el cura también. El cura hizo una casa, el rabino hizo una igualita. El cura plantó unos árboles, el rabino también. Entonces, el cura pensó en una y dijo «¡A esta no va a tener con qué imitarla!». Y se compró un auto y lo hizo bendecir. Al otro día apareció el rabino con diez paisanos y con un auto nuevo. Agarró el rabino, fue, lo bautizó... ¡y le cortó el caño de escape!

A diferencia de los asesinos de la familia de colonos franceses Lefebre —que finalmente fueron capturados—, los verdugos de la familia Waisman tuvieron mejor suerte: de ellos ni siquiera ha quedado el recuerdo de su nombre. Su rostro enmascarado para siempre permite pensar, también, en la chance de que no hayan sido gauchos, sino europeos; colonos infieles a su misión de sembrar la tierra que, en cambio, sembraron el terror. Así lo plantea por teléfono desde Israel una bisnieta de Joseph Waisman llamada Etti Waisman:

–Mi tía Jaike me contó que eran italianos quienes habían matado a la familia en un robo.

Para ella, el crimen de sus ancestros es un cuento lejano, como perdido en el tiempo, y poca diferencia podría hacer ahora que los verdugos fueran italianos, indios montaraces o gauchos bandidos. Pero la historia que escuchó decía «italianos» y no otra palabra.

El abuelo de Etti, Isaac Waisman (uno de los hermanos de Marcos, el padre de la longeva Juana), era un bebé de un año en el momento en el que su familia fue masacrada. Él sobrevivió de casualidad, pues, según dicen, permaneció escondido debajo de la cama durante la acción. Su nieta Etti guarda un cálido recuerdo de ese abuelo y se emocionó cuando en una visita a Moisés Ville –después de vivir 48 años en Israel– descubrió sus iniciales, «IW», pintadas en su antigua casa.

–El crimen de la familia era un cuento que sabíamos, pero no llegó a penetrarnos demasiado –explica ahora, por teléfono desde su casa en Be’er Sheva, al sur de Israel, adonde emigró siendo una niña. Y, casi como si hubiera escuchado a Juana Waisman hablando de su propio padre, agrega–: Mi abuelo Isaac era una persona muy fuerte y siguió adelante.

A tal punto Isaac Waisman dejó en el pasado el asunto que mi abuela Mañe, que lo conoció en Santiago del Estero, tampoco sabía de su tragedia.

–¡Ese era un hombre popular, pero con carácter! –lo evoca certeramente un domingo al mediodía en que almorzamos un pescado acechado por batatas, papas, cebollas y zanahorias.

Ella, como él, vivió varios años en La Banda, a un minuto de la capital provincial. El padre de mi abuela, Menajem Mendel Perelmutter –un molinero del *shtetl* ruso de Lanowce reconvertido aquí en vendedor de muebles–, llegó en diciembre de 1924 a la Argentina y marchó directamente hacia la provincia de Santiago del Estero, adonde algunos de sus hijos y amigos ya se habían asentado. En pleno verano, el pobre Mendel creyó que estaba en África: pronto se recortó la barba y guardó sus abrigos, y encontró consuelo leyendo el diario *Di Ydische Zaitung*. Ahí mi abuela formó su propia familia. Pero en 1970, cuando sus hijos ya estaban estudiando en Buenos Aires, ella y su marido (Moisés, el hijo de Mijl Hacohe Sinay) también decidieron irse y asentarse en Buenos Aires.

De algún modo, y sin estar cerca de ninguna colonia ni de ninguna universidad, el suburbio de La Banda –que hoy es parte de la ciudad de Santiago del Estero– se había convertido en el hogar de una pequeña comunidad israelita y hacia allí también había marchado Isaac Waisman. Un golpe de traición lo había obligado a cambiar de hogar cuando descubrió que su socio santiagueño, un carnicero, lo estafaba: Isaac lo abastecía con carne desde Moisés Ville y él le pagaba menos de lo que correspondía. Pero el engaño duró poco. Cuando Waisman se dio cuenta, decidió abrir su propia carnicería en ese mismo territorio y se mudó.

–Había dos grupos de judíos, como siempre, y él era de los contrarios al nuestro –sigue ahora mi abuela, como encendida–. Pero ya ni me acuerdo por qué discutíamos... sería por las cosas de allí, del pueblo.

–¿Qué tipo de cosas, abuela?

–Por cuestiones... Para pelearse siempre hay cuestiones: a ver quién era más judío, quién era más sionista, esas cosas...

–¿Pero igual era un tipo popular?

–Sí, popular... pero por su carácter.

–¿Y fuiste alguna vez a su carnicería?

–Yo siempre fui de comer muy poca carne, pero puede ser que alguna vez haya ido. Lo que recuerdo es que era un perfecto carnicero, con su guardapolvo manchado de sangre y todo... Así era, popular ese Waisman.

No había manera: mi abuela no me iba a contar nada en relación al crimen. Pero, pienso mientras escribo, que quizás esa fue una de las estrategias que Isaac Waisman adoptó para protegerse de un pasado doloroso e inexplorable.

Evidentemente, los matreros de Moisés Ville han sido olvidados y solo quedan sus fechorías. Sin embargo, uno de ellos pasó a la historia gracias a un escritor memorioso que lo denunció para la posteridad. Ese escritor fue David Goldman. En su libro *Di iuden in Argentine* («Los judíos en la Argentina»), el notable primer trabajo sobre la comunidad judía local, publicado en 1914, anotó: «Especialmente se temía al famoso bandido de aquel entonces Coria o, como se lo solía llamar, “Coria mit di matikes” (“Coria con las azadas”). Era de huesos anchos, naturalmente fuerte. Su sola presencia daba a todos sensación de miedo. Tenía doce hijos, todos asesinos. Y donde hubiera una desgracia se sabía que ellos habían participado».

La relación de este bandido con los crímenes de Moisés Ville es clara: Goldman cuenta de él inmediatamente después de repasar algunos casos. Luego me entero de otro Coria, uno de nombre Federico, que el 19 de febrero de 1902 –cinco años después del crimen de la familia Waisman– fue condenado por el Superior Tribunal de la provincia de Santa Fe «a la pena de presidio por tiempo indeterminado» por haber dado muerte a un tal Remigio Zárate. Eso, apenas eso, es lo que aparece en un breve expediente de dos páginas guardado en el Archivo General de la Provincia de Santa Fe, adonde llego en busca de alguna pista de los crímenes de Moisés Ville y adonde encuentro, también, el expediente del crimen de la familia Lefebre.

Y no hay mucho tiempo para perder en el Archivo, que solo abre sus puertas por las mañanas. En mi primera visita descubro que es un sitio escueto, oscuro, silencioso. Una casona colonial de techos altos y salones amplios que fue habitada por el brigadier Estanislao López –un caudillo que gobernó la provincia durante veinte años– y que hoy guarda, por sobre el techo de una de sus escaleras, un nido de murciélagos chillones.

–No los podemos erradicar con nada; el fumigador no se anima a meterse –me dice una de las empleadas el primer día. Imagino que del otro lado de las vigas de madera de ese techo hay al menos un centenar de bichos. Sus chillidos, aumentados en el montón, son magníficos incluso a las ocho de la mañana.

Durante algunos días me sumerjo en las pequeñas historias, plasmadas en el papel centenario, que hacen a la historia grande de la provincia. Un empleado silencioso

me deja cada mañana varios tomos gordos, forrados en cuero roído: los trae con un changuito de supermercado y los coloca sobre una mesa robusta. Luego se va, sin decir palabra.

En el Archivo hay más de mil metros lineales de documentos y libros que embriagan con un olor dulzón de humedad y de historia. En cada una de las páginas que repaso bailan los fantasmas. Leo registros sobre la construcción de una estación de tren en Moisés Ville –otra diferente a la de Palacios–, me entero de las quejas de los cónsules franceses, ingleses, españoles e italianos ante el maltrato y la vulnerabilidad en la que vivían sus súbditos, estudio expedientes judiciales de crímenes antológicos e informes comerciales de la vida de los agricultores.

Por lo demás, Santa Fe es una ciudad silenciosa donde los días pasan con languidez, ensimismada en la administración y en la burocracia, e invadida por diferentes plagas: moscas, cucarachas, mosquitos, sellos y oficios. Murciélagos.

Pero de los crímenes de Moisés Ville, nada. Parece una maldición. Los expedientes judiciales del Archivo General de la Provincia se detienen en 1888, justo un año antes de la llegada de los pioneros podolier y del primer asesinato –el de David Lander–. De ahí para adelante, y hasta 1915, pareciera mandar el azar: los expedientes guardados son muy pocos. Las pistas que persigo tampoco están en el archivo del Poder Judicial en Rosario ni en el museo Julio Marc, de la misma ciudad, adonde hay otros ficheros de otras jurisdicciones diferentes a la del departamento de San Cristóbal, donde se sitúa Moisés Ville.

Mi última esperanza está en el Archivo General de Tribunales: la memoria misma del Poder Judicial de la provincia, también en la ciudad capital. Allí inicio el proceso, bien conocido por el periodista de noticias policiales, de dejar una nota y rendirse ante el poder del trámite –no en vano, frente a la mesa de entradas de estos tribunales se alza una larga hilera de máquinas de escribir para redactar notas y más notas–. Una gracia, apenas, me es concedida: la directora del Archivo General me recibe en su oficina, un pequeño recinto plagado de papeles y carpetas, donde la humedad ha descascarado parte de una pared y la bandera de la provincia se marchita en un rincón.

Después de charlar durante unos minutos, entiendo que la burocracia es implacable.

El fuero penal destruye expedientes de faltas cada tres años; de contravenciones, cada cinco; de instrucción, cada quince, y con sentencia, cada veinte; y antes de hacerlos picadillo libra edictos a diferentes instituciones para avisar e invitar a buscar los papeles que pudieran tener importancia. Los expedientes se catalogan en este archivo de acuerdo al año de entrada al registro y no de acuerdo al año de inicio del caso, de modo que si el documento de la familia Waisman todavía existiera, quizá no haya sido anotado en el año 1897 sino en el año azaroso en el que ingresó al archivo. Como si para tener acceso a la historia hubiera que pertenecer a un club de iniciados. La lucha contra el olvido se da en este Archivo General de Tribunales con la digitalización de listas, índices y expedientes, y con la conservación de los documentos fechados desde 1993 hacia adelante. Por otro lado, se han remitido al Archivo General

de la Provincia aquellos expedientes que van hasta 1915. Luego, la pregunta por la ubicación (o mejor, por la existencia) de aquellos posteriores a 1888 y anteriores a 1915 es un misterio que se responde, solo a veces, en la casona de Estanislao López. Me retiro cabizbajo, golpeado por la desidia de un Estado distraído.

El expediente del cuádruple crimen de la familia Waisman –lo mismo que los de cada uno y todos los casos sobre los que aquí escribo– parece haber sido destruido sin dejar rastros.

–El problema siempre es el espacio –se resigna la directora del Archivo General de la Provincia, la historiadora Pascualina Di Biasio, de nuevo en la casona de Estanislao López.

Rodeada por los retratos de los próceres de la provincia, me explica que los documentos requieren de una infraestructura edilicia que no suele estar contemplada en la agenda.

–Ante las prioridades y las urgencias, las políticas públicas no siempre van acordes a nuestras necesidades y así es que la documentación va quedando dispersa en los ministerios –dice–. En la Argentina pareciera que la fiebre de lo nuevo genera cierto desprecio hacia lo antiguo.

Frente a la ausencia de los archivos y expedientes, y como si fuera algún tipo de masacre, solo puedo sentir indignación y asombro.

Que es lo mismo que siente Gabriel Braunstein, otro de los bisnietos del asesinado Joseph Waisman, cuando se

detiene ante la tumba de sus ancestros. Gabriel, un doctor en física nuclear que pasó por el reconocido Instituto Balseiro de Bariloche y que desde hace más de treinta años vive y trabaja en Estados Unidos, es la persona que más sabe sobre aquella desgraciada familia. Con pasión por la genealogía y minuciosidad de científico, ha realizado un largo trabajo en busca de sus orígenes, que se inició hace años y que todavía no ha concluido, en el que no dudó en viajar por Europa del Este ni en entrevistarse con cuanto familiar pudo encontrar. Así, Gabriel descubrió que uno de sus bisabuelos fue Abraham Braunstein, aquel podolier que acompañó a mi tatarabuelo Mordejai Reuben en el desafortunado viaje a París, sobre el que él se enteró leyendo el libro «Génesis de Moisés Ville», de Noé Cociovich. Y que el hijo menor de ese colono, Jaime Braunstein, inscribió su nombre en la historia negra de Moisés Ville en la década de 1920, cuando mató a un comisario que se había enredado con su mujer, una criolla de nombre Carmen Gorritz. Después de salir de la cárcel –donde su crimen le habrá valido el respeto de los delincuentes–, Jaime se suicidó en 1934, acaso pensando en ella.

«Cuando me paro frente a esa tumba siento una mezcla de indignación y asombro», me cuenta Gabriel en un mail. «Indignación porque los mataron y porque nunca se descubrió quién fue (o nunca quisieron descubrirlo). Y asombro porque es casi un milagro que yo esté allí parado, y por el hecho de que los niños siguieron adelante a pesar de la tragedia y vivieron vidas normales».

Él es quien conoce mejor que nadie el origen de los Waisman y la estructura exacta de la familia: en la noche

oscura del 28 de julio de 1897 se hallaban adentro de la casa Joseph y Gitl, el padre y la madre, ambos asesinados; Perl, una niña de ocho años, asesinada; Baruj, un bebé de veintidós días, asesinado; Wolf (o Adolfo), un niño de tres años que habría escapado a los matorrales; Isaac, el abuelo de Etti Waisman y por entonces un bebé de un año, que quedó debajo de una manta o de la cama y sobrevivió, y Raquel, una niña de seis o siete años que fue herida pero que, desmayada o simulando, finalmente se salvó y se convirtió en la bisabuela del propio Gabriel Braunstein. Fuera de la escena, alojados en la casa de su abuelo Froim Zalmen en Moisés Ville, los dos hermanos mayores dormían, listos para acudir a clase al día siguiente. Ellos eran Marcos (o Meyer), de ocho años –el padre de Juana Waisman–, y Bernardo (o Bani), de diez años.

–Raquel, que tenía seis o siete años cuando fue herida en la masacre, se convirtió en una mujer alegre, de mucha personalidad y de mucho carácter –me cuenta en otro momento Nelly Menis, la madre de Gabriel Braunstein, mientras compartimos un café a la vuelta de la AMIA, adonde ella trabaja como voluntaria en la biblioteca–. Raquel era mi bobbe, era alta y grande, como sus hermanos, y cuando cumplía años el 25 de mayo hacía empanadas y asado para todos.

Nelly, la madre de Gabriel Braunstein, se presenta como una «octogenaria no tan octogenaria», acepta convidarme con algunas de sus memorias y empieza por las mejores: las vacaciones en la casa de su abuela, su propio trabajo como maestra rural en Virginia, a 17 kilómetros de Moisés Ville, su casamiento a la luz de la luna y con la melodía de «La

Cumparsita» de fondo; y su segunda vida en Buenos Aires, ya junto a un marido contador.

Y me habla con gran amor de esa abuela llamada Raquel, que tuvo un ángel protector adentro de la casa de la desgracia, pero que lo perdió a los 44 años, cuando vino a Buenos Aires a traer a una hija enferma y terminó padeciendo ella misma una dura gripe de invierno que la llevó a la tumba. Aquella fue la primera vez que Nelly se enfrentó a la muerte. Y esa es la experiencia traumática de la que puede hablar, mucho más que del cuádruple crimen que, como en el caso de Juana Waisman y en el de Etti Nachum, parece haber quedado rápidamente en el pasado gracias a la voluntad de su abuela. Como los demás sobrevivientes de la masacre, la niña Raquel también se dedicó a mirar hacia adelante: se casó a los 14 años y tuvo seis hijas.

—Muchas cosas que he aprendido en mi vida, y que por suerte nunca precisé, me las enseñó ella —sigue su nieta, Nelly—. Por ejemplo, a barrer los bordes y los rincones, porque ahí se sabe si una casa es limpia o sucia; o lavar los platos con detalle.

En algún momento, a poco de terminar su café, viene a su mente un detalle, apenas un detalle, que me conmueve y que me impide concentrarme en lo que me dice después:

—Hasta el día de hoy todavía recuerdo el brazo gordo de mi bobo cuando me abrazaba y también recuerdo que llevaba un tajo en la papada del cuello, que le habían hecho durante aquellos asesinatos.

Si el tajo hubiera sido más profundo, las víctimas habrían sido cinco —y la tumba larga del cementerio, más larga—. En cambio, la niña Raquel sobrevivió. Y la vida continuó.

La escena posterior a la masacre, que no fue menos cruenta, es descripta por David Goldman, el hijo del rabino de los pioneros, en *Di iuden in Argentine*. Dice así: «Al otro día, cuando abrieron la puerta del almacén, encontraron a toda la familia sacrificada. Una niña lloraba desconsolada en el pecho de su madre: “¡Levántate, mamá, que quiero comer!”. Y no la podían separar».